304. En el cenáculo no había nada mundano ni deseos mudanos o de bienes. Allí tenían miedo de los hombres del mundo, de los que pensaban contra Jesús y su doctrina; miedo porque pudieran hacer con ellos lo que hicieron con Jesús; miedo de las circunstancias. Pero Jesús, ausente corporalmente, lo llenaba todo espiritualmente. Estaba en sus corazones.

El miedo pone silencio y reconcentra. Ellos se centraban en Jesús y cuando hablaban era de Jesús, sin saber aún qué harían; pero estaban compenetrados, unidos, hermanados por el lazo de la doctrina y del consejo-mandato de Jesús, por el miedo y por el ideal de lo que esperaban.

En el cenáculo no había aspiracionse mundanas ni de bienes terrenos; todo el ambiente era espiritual, sobrenatural. El corazón se levantaba atraído hacia Dios y en súplica. Era el ambiente propio de la oración profunda. Oraban entonces como nunca habían orado. Les enseñaba Dios, les presidía la Virgen.

Ninguno se acordaba en ese ambiente de las rencillas que entre sí habían tenido, ni de los deseos de preferencia que habían mostrado, ni del amor propio no reprimido, causa de las pequeñas rivalidades reprendidas por Jesús. Ahora estaban unidos en oración y en amor; en oración continua, que es ejercicio de amor a Dios y entre sí; en oración de súplica y espera en compañía de la Virgen.

También la Virgen oraba con ellos y era como su Madre y su consuelo. ¿Cómo era y de qué trataba la oración de los apóstoles? Me figuro que de recuerdo, de nostalgia, de deseo, de súplica, de no

sé qué, sobrecogidos por Dios, por lo sobrenatural, con ansia de lo sobrenatural y de Dios. Nunca la habían hecho así; no la habían aprendido. Se la puso Dios en el alma, como les puso el amor. Sin saber de qué, estaban en la verdad de Dios, en el ambiente de Dios y con el corazón levantado y pendiente de Dios, mirándole. Sin ideas detalladas, pero le miraban atentamente.

¿Sobre qué oraba la Virgen? Todo lo hacía oración y amor, porque lo recibía de Dios y lo ofrecía a Dios, porque tenía el corazón y las potencias metidas en Dios. Aquel ambiente de recuerdos, de impresiones, de esperanzas, aquella reunión de los discípulos ayudaba a su amor para estar más unida, más puesta en Dios, y el calor y confianza de la Virgen aumentaba la tensión, el amor y el ofrecimiento de los apóstoles y discípulos. ¿Sobre qué oraban todos? El amor no es un pensamiento, es el ofrecimiento, es el vivir en lo que se ama y de lo que se ama. Amaban, ejercitaban el amor. No necesitaban libros. Dios era el Maestro. La oración la da Dios y la da cuando da el amor. El amor me enseña cómo he de orar. Si amo, sabré orar y orar con insistencia y continuamente.

305. También el Señor me ha llamado a mí como llamó a los apóstoles; también me ha escogido y sacado del mundo; después de haberme dicho: ven, sígueme, y de tenerme en su casa y en su compañía, me inspira y manda me aísle y aleje del mundo y de lo mundano, de cuanto disipa y distrae, de bienes de tierra y comodidades, viviendo con mis hermanos los religiosos vida de oración,

de sacrificio, de esperanza. Quiere el Señor que esté con El, que mi pensamiento y mi afecto y anhelo estén atentos a El, esperando sus misericordias, que es esperarle a El mismo.

Si de corazón me recojo con Dios en el retiro del convento y más íntimamente en la secreta morada de mi alma, de mis potencias, y pongo en El mis pensamientos y mis sentidos, Dios llenará dichosamente mi retiro; Dios henchirá de modo maravilloso esta mi alma y sus potencias y me hará vivir y sentir la dicha de su comunicación. Pero me es necesario salir del trato y de la comunicación con las criaturas y del desordenado amor de mí mismo; me es imprescindible poner mi alma en silencio con su atención amorosa hacia Dios.

Alma mía, ¿cuál es tu actual aspiración y cuál tu cuidado y tu anhelo? ¿En qué empleas el tiempo que te dejan libre los actos prescritos por la regla y las disposiciones de tu superior? ¿Hacia dónde tiendes en tus esfuerzos y cuidados? ¿Con quién procuras tratar y comunicarte y qué buscas y en qué te empleas? ¿Está tu gozo en comunicarte con lo de fuera o con lo de dentro, con las personas o con Dios? ¿Haces tus visitas a las criaturas o a Dios tu Criador? Donde está tu amor pondrás tu intención; allí acudirá tu memoria y tu pensamiento.

Dios me ha llamado y recogido Consigo para darme su amor y su gracia; quiere depositar en mí los tesoros de su misericordia; quiere ser mi vida misma por su gracia y por su amor. Y deja a mi voluntad, y a mi correspondencia a su amor y a su llamada, la participación de esta vida sobrenatural y de su amor, siendo una realidad que varias

veces he recordado en estos días de mi retiro, que tendré tanto amor, tanta gracia, tanta vida de Dios o santidad cuanto yo quiera tener y cuanto me disponga a tener por la vida de oración y el ejercicio de las virtudes. El pámpano no puede recibir la savia de la cepa si está desgajado y separado de ella. Ni la gracia y abundancia de bienes de Dios pueden caer en mi alma si yo no me acerco a tratar y estar con El, si me voy a recrear y pasar el tiempo en las niñerías y superficialidades de los hombres. Necesito estar con Dios, tratar con Dios, y entonces sí me inundará de sus bondades.

Si estando junto al brocal de un pozo o en una fuente quiero sacar mucha agua sin ningún recipiente, no me será posible. Si el recipiente es pequeño, no puedo sacar mucha agua de una vez. Si el recipiente es grande y lo sumerjo todo, saldrá lleno y rebosando; se habrá logrado mi deseo. Pero necesito el recipiente y estar junto a la fuente y sumergirle en el líquido.

Dios nunca deja de cumplir sus promesas si no falta la fidelidad y el esfuerzo de la voluntad. Es santo el que quiere serlo. Dios se vuelca a su tiempo en el alma, que, apartándose de todo, se consagra del todo a Dios.

306. Estoy en la casa de Jesús. Está en ella el mismo Jesús que estaba en Nazaret, que trabajaba con San José, que enseñaba a los apóstoles y les daba la gracia y el poder hacer milagros. En el Sagrario tengo a Jesús real, corporal, verdadero. En el Sagrario se ha quedado para estar en mi compañía y para comunicarme su vida y para que le

tenga en mi recuerdo. Jesús debe llenármelo todo como llenaba el cenáculo donde estaban los apóstoles y la Virgen, y si allí no estaba con su cuerpo, en mi convento y retiro sí está. Pero mi ambiente, mi atención, mi esperanza, mi ejercicio de amor debe ser el que allí se vivía. ,

También Jesús me promete a mí enviarme el Espíritu Santo. También quiere Dios establecer su morada de especial amor en mi alma, y la establecerá en el momento en que yo la tenga limpia, adornada y preparada. Espera la decisión y determinación de mi voluntad para venir a tomar posesión de mí y transformarme en El y hacerme amor suyo.

Sabe muy bien el Señor, pues soy hechura de sus manos y yo no me conozco, pero El sí me conoce, sabe que yo solo no puedo, necesito de su ayuda para todas mis acciones físicas y necesito su gracia para todas mis obras espirituales. Y, sin embargo, mi santidad depende de mí; porque me ha dado mi libertad y voluntad para querer y para pedir. En el momento en que yo quiera firmemente y acuda a Dios implorando; en el momento en que ponga silencio de mis revueltos apetitos y vacío de disipaciones y distracciones de personas y cuidados; en el momento en que yo me decida a desprenderme de ansias de intereses, de presunciones, de disipaciones y comodidades, en ese mismo momento Jesús será mi fuerza y mi vida; Dios entrará dentro de mis potencias y de mis facultades, se hará mío y me dará su amor, su gracia y todo el esfuerzo necesario para obtener el triunfo sobre el mundo, sobre el demonio y sobre la propia torcida inclinación. Con esta ayuda de Dios todo lo podré.

Quiere el Señor que yo quiera libremente. No me quita la libertad que me ha dado. Nadie es bueno no queriendo ni nadie malo si no quiere. Todo lo podré en el Señor, que me fortalece. Quiere Dios que yo quiera, pero tengo que querer con El, porque sin El nada puedo; El me tiene que libertar de mis inclinaciones y de mis aspiraciones de tierra y de mundo y me tiene que dar el mismo querer, para poner mi atención en lo celestial y estar vigilante esperándole. Sé que si lo hago ciertamente vendrá como ha venido a los santos y con El se hicieron santos.

Mi alma da vueltas entorno de las cosas y de sí misma y tiene que empezar a dar vueltas como una nebulosa hacia lo sobrenatural en torno de Dios y ponerse en la órbita de Dios. Queriendo yo con Dios, determinándome, desprendiéndome de la atracción de los sentidos, Dios irá detallando, abrillantando y hermoseando esta nebulosa de mi espíritu con su luz y su gracia. Soy yo quien tengo que hacerme y determinarme, pero con Dios. Es Dios quien tiene que hacerme y santificarme, pero no sin mí.

Dios mío, te suplico me concedas esto; quiero querer esto; quiero ser totalmente vuestro siempre y en todo.

Me dice Jesús en el Evangelio que cualquiera cosa que pidiere al Padre en su nombre me será concedida. Pidan otros intereses terrenos y bienestar; pidan fama y honra; pidan ciencia y conocimientos; pidan ver, tener y conocer. Yo sólo te pido me des tu amor y que te conozca a Ti. Y con tu amor viste mi alma de la hermosura de la gracia santificante, para que te complazcas en mí, y con el co-

nocimiento de Ti, que toda mi atención y todo mi espíritu se recoja Contigo y para vivir en Ti y participar de lleno de tu vida.

Tu mirada y tu compañía harán crecer en mi alma las virtudes. Hazme humilde y manso; hazme espiritual, de intensa vida interior, para que, despegándome de lo terreno, sólo encuentre mi complacencia en Ti. Yo para Ti y Tú, Dios mío, para mí.

307. Los apóstoles se recogieron en el retiro del cenáculo, y ayudaba a este retiro y a tener más presente a Jesús en su espíritu y a invocarle, el miedo que aún tenían a los judíos. Temían que los mismos hombres y las mismas autoridades que dispusieron la muerte de Jesús, dispusieran la persecución y aun la muerte de los que acompañaban a Jesús. El miedo les concentraba más el pensamiento y el deseo en Jesús y en lo que esperaban, prometido por Jesús, pero que no lo conocieron hasta que lo recibieron.

También debo yo acogerme a Dios e instarle muy íntimamente por Jesús y en nombre de Jesús me dé lo que El me ha prometido y el cumplimiento de lo que yo le he prometido movido del deseo y del miedo; porque he de desear y vehementemente lo que ha de ser todo mi bien y dicha, pero con miedo y confianza.

En la vida espiritual no puede faltar el miedo en la tierra; pero el miedo ayuda a acudir a Dios y a poner la confianza en el Señor. Para asegurar las joyas y los valores se tiene más confianza en las cajas de seguridad de los Bancos que en la propia casa.

Se tiene miedo y se ha de tener miedo de sí mismo en lo exterior y más en lo interior. He de tener miedo de mí mismo. El peor enemigo mío le tengo en mí mismo, soy yo para mí; porque son mis tentaciones, mis pasiones, mi tibieza y flojedad, mi presunción y vanidad; son mis enemigos mis sentidos, mis apetitos, mis apegos, mi loca disipación, mi comodidad y regalo, mis ansias de relaciones y tratos humanos y de desipación, mi codicia y mi indolencia. ¿Quién me diría que, habiendo entrado en la religión para ser todo de Dios, después de tanto tiempo y de tantos años no había de ser ya un alma santa de verdad y un alma de profunda, íntima y atenta oración, un alma muerta a lo sensible, despegada de lo terreno y de lo que disipa, un alma que tuviera ya intensa vida interior y trato amistoso y gozoso con Dios? Y después de tanto tiempo tengo que confesar, avergonzado y arrepentido, que en el día de hoy todavía no lo soy y en muchas cosas —y aun en los mismos deseos— me veo peor que estaba al principio. He sido no sólo tierra estéril y baldía, sino tierra que ha producido zarzas, cardos y maleza, y entre las zarzas, muy dañinas alimañas. ¿Quién había de decirlo? ¡Qué contento el de mis Padres, que me consagraron gozosos pensando tenían un hijo santo! Si ahora vieran mi alma tan tibia y llena de apegos, exclamarían entristecidos: ¿Y para esto te hiciste religioso? ¿Y para esto nos desprendimos de ti y te consagraste a Dios? ¡Qué tristeza sentiríais, Padres amados!

Y, sin embargo, ésta es la triste realidad. He sido yo enemigo para mí mismo y lo ha sido mi interior o he guardado el enemigo dentro de mí. Me han

vencido mis apetitos y mis gustos; me ha vencido mi negligencia y disipación; me ha vencido mi pereza y mi amor propio. ¡Y todavía no soy alma de oración! ¡Y todavía no soy alma espiritual! ¿Cómo voy a tener virtudes crecidas? Este enemigo mío —que soy yo mismo— me ha hecho prisionero y me tiene amarrado y sujeto con cadenas a lo terreno, a lo humano, a lo que disipa, a lo que distrae. Soy más mundano que espiritual. Mi enemigo me ha estragado e impedido tener trato de amor con Dios. Tengo que tener miedo a mí más que a ninguno otro; temo más a mi amor propio y a mi gusto que al demonio; es peor y más dañino enemigo mi presunción y regalo que el diablo. He de tener miedo a lo externo y prevenirme contra ello; porque lo externo me entra por los ojos, alborota mi loca imaginación y llena mi memoria y fantasía de imágenes de tierra y fascinadoras, de lo que disipa y materializa, de lo que me insensibiliza para lo espiritual y llena de desabrimiento y tibieza. Lo externo halaga y alborota y enardece el enemigo interior escondido en mí mismo, irrita mis pasiones de concupiscencia, de impaciencia, de vanidad, de codicia; instiga mis sentidos para que se levanten contra mí y mis ojos se me tornan ventanas de perdición, servidores de mi desorden, de mi desenfrenada imaginación, e incita mi corazón hacia todo mal, y me estorban toda espiritualidad. Se aunan en contra mía mi enemigo interior y el exterior. Me combaten el mundo, el demonio y mi propio ser. Si yo hubiera ya muerto perfectamente a mis gustos, a mi amor propio y a mi tibieza y regalo, ¡qué maravillas de amor y qué delicadezas de espíritu no harías en mi alma, Dios

mío! ¡Qué cielo de gozo no habrías puesto ya en mí! Y por mi culpa, yo mismo he perdido todo eso prometido por Dios y que dio tan largamente a sus santos.

Si hay tierras que producen el ciento por uno cuando se las siembra y cuida, yo he sido maravillosamente sembrado, me han cuidado y yo lo he desaprovechado todo por mi indolencia, y en lugar de producir como debía ese ciento por uno, me he convertido en tierra estéril y llena de maleza.

Tengo que vencer y triunfar de mi miedo, y sólo lo conseguiré estando en continuo trato e íntima compañía con Dios; teniendo fortaleza para privarme de lo que me daña y ejercitar la mortificación. En la cruz miraré y abrazaré a Jesús. Triunfaré del miedo de mí mismo y del mundo cuando Jesús sea mi vida; cuando todas mis acciones y mis aspiraciones vayan movidas por la savia y vida de Jesús.

308. La perfección es el triunfo del alma sobre los tres enemigos suyos y la floración del jardín del alma en todas las virtudes. Para obtener este triunfo he de poner en práctica el consejo de San Juan de la Cruz, que es la modalidad del consejo mismo de Jesucristo: *Obre en todo como obraría Jesucristo en estas circunstancias* en que yo me encuentro y me desenvuelvo, y obre en su compañía.

Jesús no sólo haría la buena obra, sino que la haría por agradar a Dios y con toda la intensidad de su amor; todo el resto del mundo lo consideraría como nada ante Dios; el amor al prójimo fácil o trabajoso lo haría por amor de Dios, porque Dios lo quiere. Me lo detalló El diciéndome que *amara*

al prójimo como a mí mismo por amor de Dios y mirando a Dios en el prójimo. Nunca Jesús haría una obra no buena ni por todo el mundo. Hacía lo que es agradable a Dios; en todo buscó y buscaría ahora dar gloria a Dios, y esto mismo he de buscar y hacer yo. Siempre he de tener presente hacer la voluntad de Dios, hacerla con el mayor amor, con la mayor bondad y dulzura, con la mayor precisión dentro de mi fragilidad y con la más pura intención. Es obra hecha a Dios en Sí mismo o en mi prójimo.

Tener presente cómo haría Jesús esto me enseña el espíritu tan sobrenatural con que obraba; me trae a la memoria la humildad tan íntima, tan sincera, tan santa de su alma y el amor y mansedumbre y al mismo tiempo la naturalidad que en todo se le veía. Esto me sirve de perfectísimo modelo para cómo he de hacerlo yo, pero también de gratísima compañía que en todo me ayuda y hasta me da dominio para que nunca me altere cuando tenga que verme en trances difíciles o tratar con personas distinguidas, porque todas las personas ante El son pobres ignorantes y astrosos pordioseros, y podré vencer con su protección todas las dificultades. El es la sabiduría y el poder y la hermosura; El es la suma bondad.

Si yo me determino, si soy humilde, si estoy metido en Dios mismo y El está conmigo, venceré todos los miedos, procedan de mí mismo o procedan del exterior, pues miro que Dios está conmigo, que estoy dentro de El y empapado en el mismo Dios; que estoy haciendo la obra de Dios y vestido con El mismo, que es armadura impenetrable;

que Dios es mi defensor, mi Padre, mi vida; que no se aparta de mí y me da su gracia y con ella me santifica si yo no dejo de querer y de cooperar; si yo no quiero separarme de El. Me prometió que estaría conmigo hasta la consumación de los siglos; estaría siendo mi amor mientras vivo y le sirvo en la tierra, y siendo mi amor glorioso para siempre con su visión en el cielo.

El Verbo se encarnó y se hizo de mí naturaleza humana para conducirme por el camino de la santidad a tomar posesión de su cielo.

Cuando el miedo pretenda acobardarme o desalentarme, me abrazaré más apretadamente a El y no sólo le gritaré con fe confiada el *sálvame, que perezco,* sino que me meteré por la puerta abierta y segura de su costado y me esconderé en lo escondido de su mismo amor.

Jesús no me abandona nunca, ni se separa de mí, ni aun deja de mirarme. Jesús es la sabiduría y el poder del Padre y se hace mío si yo me hago de El.

Con El, ¿a quién temeré? En cierta ocasión se encontraba Santa Teresa de Jesús angustiada y temerosa por su alma y Jesús la dijo amoroso: *¿Quién será poderoso para sacarte de mis manos?* Dios es todo amor, bondad, luz, poder; Dios es todo hermosura y la hermosura misma. ¿A quién puedo temer si yo mismo no quiero salir de El? Me echará fuera de Dios la soberbia, la presunción, la vana curiosidad y el deseo de disipación; pero si yo me he despojado de todo esto y me escondo bien escondido en la luz y hermosura de Dios, nadie podrá vencerme; estoy vestido de Jesucristo, soy de

Dios, el invencible; Dios me hace santo y me une a Sí, y sé que lo más inefable es la unión de amor con Dios, mi aspiración.

Jesús llamó a los apóstoles, estuvo con ellos, les enseñó y les fortaleció. Los apóstoles experimentaron su pequeñez y debilidad, recurrieron al Señor, tuvieron confianza en El y se hicieron santos y anunciaron por el mundo la santidad. Como ellos, yo todo lo puedo con Dios. Lo que me importa es tener confianza en el Señor, y la confianza la da el amor, la humildad y la fidelidad. Si me determino, también yo seré santo con Jesús como lo fueron los apóstoles.

No acababan de dejar éstos sus pequeñeces, porque no acababan de confiar; pero se recogieron en Dios, se retiraron de los hombres, suplicaron en oración, vino sobre ellos el Espíritu Santo y les infundió el amor de Dios, les llenó de virtudes, les confirmó en la gracia, lo consiguieron todo, triunfaron.

El trato íntimo y continuo con Dios en la oración, el aislamiento del mundo, la humildad y la confianza en Jesús me llevarán muy rápidamente a la santidad.

309. Debo tener muy presente a Jesús. Siempre me han enseñado en mi vida espiritual que tenga grandísima devoción a la humanidad de Jesús y me mire en ella; por Jesús me vendrán todos los bienes, pues El mismo me dijo que cuanto pidiere en su nombre me lo concedería el Padre y que El era mi abogado ante el Padre.

Es cierto que el Verbo tomó la humanidad para

redimirme, pero también la tomó para ser mi modelo en esta vida. El fue santísimo y prudentísimo en todas sus obras y actividades; ni cometió la más imperceptible imprudencia. Tengo que participar de su santidad y ser santo a imitación suya.

Todos los santos fueron excelentísimos; todos practicaron admirablemente las virtudes. Maravilloso es San Francisco y maravillosos Santo Domingo y San Ignacio. Dios puso a los Fundadores de las Ordenes religiosas como ejemplares escogidos y especiales para sus institutos. Santa Teresa es un fenómeno de santidad con carácter tan encantador y tan abierto y al mismo tiempo tan recogido y tan fiel que se nos presenta como un complejo de cualidades buenas desconcertantes y no fácilmente imitable. Hemos de imitar a nuestros fundadores, pero siempre con prudencia. Mas todos los Fundadores imitaron a Jesucristo, unos bajo un aspecto y otros bajo otro. Jesucristo es modelo universal, perfectísimo para todos en todos los estados, en todas las actividades y modalidades humanas. Siempre es el prudentísimo, el perfectísimo, el santísimo. Su imagen viva ha de ocupar continuamente mis potencias; sus ejemplos han de estimular mis acciones y sus enseñanzas dirigir mis obras. De Jesucristo me ha dicho el Señor: *Mira y obra conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte.* Jesucristo es perfecto y encantador en Nazaret, en el desierto, en la predicación, en la cruz. Jesucristo es modelo en su duro trabajo manual, en su vida sobria, en su oración a Dios, en su caridad y abnegación.

El alma que más se asemeje a Jesús, el alma que mejor le imite, el alma que interior y exteriormen-

te esté más unida con Jesús, más rápidamente llegará a la santidad y será más santa y perfecta.

Oportunsimo y sumamente práctico es este consejo de San Juan de la Cruz de *obrar en todo como obraría Jesucristo en estas circunstancias*. ¿Con qué amor, con qué rectitud de intención, con qué caridad y abnegación, con qué prontitud y amabilidad obraría esto Jesús? Quiero hacerlo como El y en su compañía. Quiero tenerle presente en mi recuerdo y en mi corazón. El ora conmigo y trabaja conmigo; me da sus méritos y su gracia.

Me engañaria a mí mismo diciéndome que no sé ser santo, que la santidad no es para mí, que la santidad fue gracia especial que el Señor concedió a sus santos.

Yo debo ser santo, sé ser santo y sé que Dios me quiere santo y para santo me ha llamado y escogido.

Sé que Jesucristo intercede por mí y que Dios está conmigo y en mí como estuvo con los santos. Si no lo soy es porque quiero lo imposible: quiero que Dios llene mi corazón y que las luces y amores del cielo me inunden y mi alma se recree en la dulzura divina, y al mismo tiempo estoy abrazando la tierra en todas las niñerías terrenas, en buscar mi disipación, en procurar mi regalo, en no mortificar mis sentidos, en rodearme de honra y malgastar el tiempo en parlerías que disipan y desgarran la vida ajena; no tengo fortaleza para abstenerme de gustos y quitar apetitos, para mortificarme y recogerme con Dios. Dos contrarios no pueden caber en un sujeto. Como no tengo determinación para desprenderme de todo esto contrario a la

vida interior perfecta, ni a desprenderme de estos gustos de sentidos y de mundo, menosprecio a Dios, me estorba la compañía de Jesús, no quiero tenerle por mi modelo ni compañero, no soy santo, no soy lo que debía ser y Dios quiere que sea. Dios mío, ten piedad de mí y cambia mi voluntad para que torne a Vos y quiera de corazón.

Jesucristo me ofrece su ayuda y su gracia muy especial, pero yo la dejo a un lado y que se pierda y quedo solo, famélico con mi miseria y mi ruindad, por mi culpa solamente.

Mi meditación frecuente y diaria ha de ser sobre la vida de Jesús en su trabajo y modo de obrar en Nazaret y en su pasión muy principalmente.

310. *Jesús es mi camino, mi verdad y mi vida* y es mi intercesor y abogado ante Dios. Suplica para que yo sea santo, para que yo me aproveche de sus méritos y de su sacratísima pasión y crezca en su amor y se desarrollen en mí las virtudes hasta florecer. Jesús es mi abogado para mi santificación, pero también me pide a mí que yo quiera aceptar su intercesión y escuche la súplica que me hace; que yo me determine a seguir sus consejos y su voluntad.

Espera mi decisión y tengo que decidirme pasando por encima de los obstáculos que se me presenten y que yo mismo me pongo; tengo que acabar con sete mundillo de mayor anchura y menos recogimiento, de más regalo y disipación y menos mortificación y abnegación, que, a veces, forman algunos religiosos en los conventos y quizá formo yo también.

La falta de silencio trae la falta de oración y de presencia de Dios; la falta de recogimiento trae la murmuración y la crítica y descontento. El que se retira con Dios tiene un cielo en su alma y oye continuamente la voz amiga de Dios. El que huye de las conversaciones externas con los hombres, encuentra la conversación con los ángeles del cielo y con el mismo Dios. El alma así recogida ya es cielo, donde Dios hace manifiestos sus amores. Dios mío, dadme ya la fortaleza para que acabe de romper todos estos hilitos que atan mi afecto y mi voluntad a lo corporal, a lo gustoso del sentido, a lo que entretiene y disipa y me impiden volar hacia Vos y tener trato y comunicación con Vos y recibir las mercedes y regalos que ya me queréis hacer.

Las ansias y los deseos del corazón son las alas para subir hacia Dios y volar en la atmósfera de la luz y del amor divino, y son la savia y el vigor que hacen crecer y florecer las virtudes y comunican la determinación y la humildad para acompañar a Jesús y suplicarle nos conceda su compañía y el triunfo sobre nuestros apetitos y distracciones, para tener la atención continua y fija en lo divino.

La compañía de Jesús da confianza. Jesús a todos llama y no rechaza a nadie, y ofrece su vida a todos y es el abogado seguro para todos. Yo solo, nada podré; me quedaré todo en palabras y algunos esfuerzos infructuosos y, viendo que no cumplo ni mis propósitos ni mis deseos, me desalentaré, volveré la vista atrás y me convenceré de mi impotencia para tener una vida espiritual intensa y se apoderarán de mí los miedos, la desconfianza y

la cobardía y terminaré abandonándolo todo y llevando una vida nada más que a pasar.

Pero si Jesús está conmigo lo podré y lo venceré todo; no en un momento, pero ciertamente triunfaremos. Muy cierta es esta frase que se repite: *Jesús y yo somos la mayor parte y somos la mayor fuerza.* Jesús y yo venceremos todo y a todos cuantos se me opongan a la virtud, a la vida espiritual, a las virtudes, a la santidad. Mi confianza está en Jesús, que no me deja ni se aparta de mí mientras yo no me aparte de El.

Solo nada puedo; con Jesús todo lo podré. Si hasta el día de hoy no lo he conseguido no es por falta de Jesús, sino porque yo he puesto la confianza en mí, en los hombres, en los libros, en la debilidad por naturaleza. Esta ha sido mi equivocación y mi fracaso. Lo humano no me puede dar lo sobrenatural. Sólo Jesús me lo puede dar y me lo quiere dar, pero no sin mi voluntad y sin mi decisión.

La humildad no debe desalentarme, sino darme confianza. Porque si me enseña que yo solo no puedo nada, también me enseña que estando con Jesús lo puedo todo, pues El lo hace en mí y me da cuanto necesito. *Todo lo puedo en el que me conforma.*

Dios mío, por intercesión de Jesús te suplico pongas en mi alma ansias y sed de ser tuyo. Despréndeme de todo lo criado, de mis apetitos y de mi amor propio para que sea una realidad mi entrega a Ti sin reservas. Yo tuyo y Tú mío. Me enseñó Jesús a rezarte venga a mí tu reino, y tu reino es tu amor, las virtudes, la vida interior, la santidad. Tu reino es estar Tú en mi alma y mi alma toda en Ti por la atención y el ofrecimiento. Que yo me ponga

en Ti, Padre mío, para que me llenes de tu amor y tomes posesión de mí, y florezcan las flores y los frutos de las virtudes en el jardín de mi alma.

311. ¿No me será dado llegar a conseguir mi fin en la tierra? Y el fin del religioso es ser santo; es estar lleno del amor de Dios y ser todo de Dios; es dejarse transformar en amor de Dios. Quiero repetirme una vez más la alentadora verdad de San Juan de la Cruz: *Cada uno será tan santo como quiera serlo.* Depende de cada uno. La mía depende de mí.

El que está dotado de entendimiento y de memoria y estudia, tiene confianza de aprender lo que se propone. El que tiene fuerzas, sabe el peso que puede transportar o levantar. El esfuerzo y la aplicación lo consiguen.

Si yo estoy unido con Dios en amor, confiaré en El. El amor da confianza. La confianza me enseña que amaré tanto, tendré tantas virtudes, seré tan espiritual, seré tan santo cuanto sea mi esfuerzo por serlo y cuanta sea mi confianza en Dios. *Esperanza del cielo, tanto alcanza cuanto espera.* Dios me ayudará cuanto yo con mi fidelidad muestre querer.

En el momento presente este pensamiento me avergüenza: me llamó el Señor para ser santo; hice mi promesa de trabajar para ser santo. ¡Cuán lejos me veo aún de la santidad! ¡Aun a veces me parece tengo menos deseos y pongo menos esfuerzo que antes ponía por conseguirla! ¿Habría llegado hasta el desaliento por mi negligencia e infidelidad? Debía mi alma ser ya huerto fertilísimo cuajado de sazonados y abundantes frutos para Dios y jardín

floridísimo hermoseado con todas las flores y saturado con todas las esencias, y permanezco tierra estéril, que sólo produce abrojos y maleza. Y yo sólo soy el culpable; no he correspondido al llamamiento divino; no he puesto lo que debía de mi parte; no tengo confianza en Dios, porque me confunde mi infidelidad pasada.

Mi santidad depende de mí como de mí depende mi confianza. Ni es este pensamiento jactancioso ni presuntuoso. Es la enseñanza del Señor. Dios mío, quiero poner todo mi querer en Ti. Dadme el amor, la fortaleza y la fidelidad.

Es Dios quien obra la santidad en el alma y quien transforma el alma, y Dios no deja de hacerlo si el alma cumple lo que está de su parte. ¡Grandes cosas me ha prometido el Señor! Cuando el cielo está transparente y limpio, el sol ilumina la tierra y la calienta; en tierra propicia crecen todas las plantas; es ley establecida por Dios en la naturaleza. Si el cielo está lleno de nubes y la atmósfera de frío, el sol luce, pero no sobre la tierra, sino por encima de las nubes, y el hielo impide crezcan las plantas; lucirá el sol y crecerán las plantas cuando se quite el impedimento. Dios hará su obra cuando yo no la impida; me hará santo cuando yo recoja su luz y su calor.

Dios quiere unirse conmigo o unirme a mí con El en amor y hacer que por esta verdadera e íntima unión mis acciones y mis pensamientos sean divinos. Es la obra maravillosa del amor y de la bondad divinos. Es también la obra maravillosa de la humildad del alma y de su fidelidad; por ellas se pone en los brazos de Dios, vive en lo íntimo de

Dios, se aparta de cuanto puede apartar de Dios o impedirla ver y estar con Dios. El Señor entra a tomar posesión del alma cuando el alma está con Dios; si no le trata ni le mira, no hará su obra. ¡Qué tesoros y qué horizontes de hermosura abre Dios a las almas humildes que le buscan y confían en El! No puede mostrárselos a las que le huyen y se le esconden, o no tienen esa confianza. Sin confianza nada se puede hacer, como nada se puede hacer sin decisión y determinación. Queda la impotencia entregada a su propia impotencia. El humilde, haciendo cuanto puede, huyendo de cuanto cree le perjudica o estorba, confía en ser santo y lo es, porque lo pide y obtiene. El alma lo quiere y busca y sabe que Dios también lo quiere y que cumple su palabra.

San Pablo hablando de sí mismo decía: *Mi vivir es Cristo*; porque toda su vida exterior y más aún la interior estaba entregada a Jesucristo; porque todo cuanto hacía lo realizaba por Jesucristo; porque todo su amor y porque todos sus pensamientos y ensueños eran de Jesucristo y porque todo lo recibía él de Jesucristo, y su cuidado era imitar en todo a Jesucristo, haciendo lo que Jesús quería.

Cuando Cristo es en verdad la vida del alma, el alma está dominada por la divina obsesión de Cristo y todo lo ve y lo hace a lo divino. Ve a Dios en todas las cosas y todo para Dios. Se ha realizado por la divina bondad y por el esfuerzo y humildad del alma la fusión del amor de Dios y del amor del alma; Dios ha consumado la prometida y dichosa transformación de unión de amor del alma con Dios, tan ansiada del alma y en cada obra que

realiza en esta unión merece más que cuanto hasta ese momento había merecido y se puede decir que sus obras son divinas, pues las hace movida por la unión del amor suyo y del amor de Dios. También las voluntades están unidas y las aspiraciones son de cielo.

Dios mío, que este pensamiento se grabe en mis potencias y nunca se aparte de mi memoria. Que Jesús esté siempre vivo en mí y su recuerdo y su gracia sean la vida de mis obras y deseos. Con este santo pensamiento me esmeraré en obrar siempre como obraría Jesús, como obraría la Virgen y en su compañía.

312. Muy pocas acciones sabemos históricamente con certeza de la Virgen Santísima. Cada uno discurre de la Virgen a su manera en cuanto a los detalles y acciones particulares y al modo de su vida, guiado de su formación e instrucción tanto histórica como espiritual y llevando por guía no menos la fantasía que el entendimiento. Quizá lo que más nos encanta leer de la Virgen es lo que más nos aleja de la realidad: la multitud de leyendas santas y encantadoras, pero ficticias; los delicados sentimientos de los poetas, pero humanos; la naturaleza sometiéndosela y obedeciéndola con multitud de milagros, todos creados por la imaginación para solaz santo de las almas, pero que sacan la vida de la Virgen de lo humano y más grande y santo, convirtiéndola como en una hada encantadora y toda divina.

Gusto de leer todas las ternuras y todos los encantos de los sentimientos de la Virgen y de las

delicadezas de las criaturas y de los elementos hacia ella, que Lope de Vega y tantos otros poetas nos describen; pero sólo tuvieron realidad en la imaginación de quienes los inventan con tanto agrado.

Las mismas revelaciones que nos han transmitido muchas almas santas, aunque muchas son bellísimas, están vestidas y adornadas con variadas flores y colores inventados por las almas, y aun cuando edificantes, no siempre conformes con la realidad. Deshumanizan a la Virgen y la hacen de otra naturaleza. Por eso quizá nos la presentan tan distinta unas de otras. A veces más conforme con la poesía y el sentimiento humano que con la realidad.

Sabemos que la Virgen fue santísima, sí, pero la sencilla mujer de un pobre trabajador artesano. Toda humana, toda santísima y por santísima elegida para Madre de Jesús. Dios se encarnó en ella.

No la impidieron los sencillos, pobres y ordinarios quehaceres de su casita, también pobre, como no la habían impedido antes los trabajos duros de la limpieza del templo, ser el alma más fiel, el alma más atenta a Dios, el alma pronta a cumplir con todo detalle la voluntad de Dios y cumplirla con el mayor amor. La Virgen, en su vida ordinaria y en su trabajo, fue el alma que más ha amado en la tierra y que más perfecta y efectivamente le ha estado ofrecida, y el alma que más ha amado a los hombres.

Y los quehaceres de la mujer pobre en la antigüedad en el pueblo de Israel —y en todos los pueblos— eran mucho más duros y de más sujeción y trabajo que hoy nos podemos figurar. El trabajo

es penitencia y acerca y une a Dios, como la holganza aparta de Dios y es desobediencia. ¡Yo, religioso, cuánto no falto en esto y cuánto tiempo no he perdido, al mismo tiempo que desobedezco a Dios! ¡Quizá es una de las causas muy principales de mi poco adelanto espiritual! ¡Y si quiero disculparme con que soy sacerdote, no he de tener la soberbia de pensar que mis manos sean más santas que las de Jesús, Sumo Sacerdote! En otras cosas he de procurar no se manchen; el trabajo limpia el alma.

La Virgen limpiaba su casa, iba por agua a la fuente de Nazaret, hacía su comida para San José y para Jesús, buscaba la leña para el fuego, amasaba el pan casero en el horno doméstico y molía el trigo rudimentariamente. No podía quedar mucho tiempo libre a la Virgen, y el que le quedaba no lo empleaba en vagar.

La Virgen no tenia criada. Las criadas son para los ricos y ansiosos de comodidad, y la Virgen era pobre y trabajadora. No bajaban los ángeles a servirla ni aun ayudarla visiblemente en sus quehaceres. Eso es cuento muy bonito de los poetas, pero es falso. La Virgen vivía lo sublime de la realidad de la vida con toda su dureza e ingratitud, pero con toda la virtud y amor de Dios, y sobrenaturalizaba los trabajos y santificaba las ocupaciones. La Virgen era la criada de sí misma y la criada de Jesús y de San José. La criada siempre contenta, siempre amable y dulcísima, siempre abnegada y caritativa. La Virgen en su cotidiano trabajo fue santísima y la llena de gracia y de virtudes.

La Virgen fue alma de oración íntima, profundísima, constante; apartada de todo lo mundano y de

todo lo social, estaba sumergida en Dios en silencio profundo de amor. Pero la Virgen se santificaba, con una maravillosa y altísima presencia de Dios y atentísima oración, en sus continuas ocupaciones y en sus trabajos humildes de fregar, coser, limpiar, hilar, hacer su comida de familia y moler el trigo para el áspero pan que entonces hacían en las casas de los pobres y cuidar los animalitos domésticos. Todo estaba a cargo de la Virgen; en todo procuraba el contento y el bienestar de San José y de Jesús. En todo veía y vivía a Dios.

No leemos en el Santo Evangelio que hiciera milagros. Sus milagros eran la sobrenaturalización de sus trabajos. No leemos que anduviera recorriendo naciones ni visitando monumentos artísticos. Vivía recogida. Aun después de la ascensión de Jesús a los cielos, a pesar de las magníficas cualidades y dones de naturaleza con que Dios la había dotado, no la vemos ejerciendo el apostolado externo entre las gentes y en las naciones. Continuaba siendo la cocinera y criada de San Juan Evangelista. Y llegó a ser por sus virtudes, por su oración, por su amor a Dios y a las almas la Reina de los Apóstoles, sin dejar su trabajo. ¿Cómo haría, con qué amor realizaría cada una de sus obras? ¿Con qué amor y con qué sencillez y reverencia trataría con los hombres? En todo miraba y veía a Dios.

No se queja de la falta de limpieza, ni de la demasiada pobreza y escasez que encuentra en Belén. ¡A su Niño, y a su Dios, tiene que ponerle en pesebre y no limpio, por no haber otra cosa más digna! No se queja ni se impacienta cuando inesperadamente tiene que ir a Egipto o volver de allí,

encontrando quizá ya ocupada su casita de Nazaret. No se impacienta en los contratiempos de su vida ordinaria ni aun al ver a su Hijo en la cruz, aunque traspasada de dolor. Todo lo recibe venido de la mano de Dios; en todo ve la Providencia de Dios y al mismo Dios; en todo se ofrece a Dios. Su amor era su sabiduría y su maestro; la enseñaba a convertirlo todo en gozo y en cántico de alabanza a Dios sin sentimientos de envidia hacia nadie ni por su posición, ni por el desahogo de su vida en bienes terrenos, ni por cosa alguna de tierra que pueda codiciar el corazón. Era la esclava de Dios y de los hombres por amor de Dios.

Sabemos que su corazón estaba radiante de gozo. Nos lo dijo Ella misma en las pocas palabras con que saludó a su prima Santa Isabel: *Mi espíritu salta de gozo en Dios mi salvador*. Llevaba en sí misma la alegría infinita. El gozo sobrenatural era el cántico que continuamente resonaba en su corazón, porque todo era de Dios.

¿De qué echaría mano en Belén? ¿De qué a su llegada a Egipto? ¿De qué a su regreso a Nazaret, pues nada tenía? Era pobre y sin nada y no se quejaba. Pero era rica porque tenía a Dios en sus brazos y en su corazón; en todo miraba a Dios y en todo encontraba a Dios; está ofrecida a Dios. Dios vive en amor altísimo en su corazón y esto la basta mientras permanezca en el destierro de la tierra.

313. La Virgen fue presentada en el templo siendo aún niña. La Virgen no fue ninguna monja, pero fue un alma ofrecida al servicio divino y del

templo durante la niñez y pubertad; sin ser monja, es el perfectísimo modelo que se me presenta en mi estado de religioso.

Porque la Virgen no estaba sola en el templo. Otras muchas jovencillas, ofrecidas, como ella, por sus padres, vivían allí y atendían a la limpieza de la casa de Dios. Los sacrificios de los sacerdotes y la concurrencia y donaciones de los israelitas necesitaban limpieza para que todo estuviera digno ante el Señor, y la ilmpieza la hacían las jóvenes ofrecidas, entre las cuales estaba la Virgen, a las órdenes de los sacerdotes.

Ni todas las jóvenes ni todos los sacerdotes tendrían el mismo carácter de suavidad y bondad en la convivencia y en el modo de hacer y de disponer. Cada uno tenemos nuestro temperamento y nuestro modo de ser y nuestra educación más completa o más deficiente. En reuniones de personas que conviven, necesariamente hay disparidad de modos de pensar y de comportarse y diferencia de genios y de modales. No todas las jóvenes ofrecidas estarían gustosas ni tendrían la misma apacibilidad y amabilidad en el trato con las demás. Eran los padres quienes las habían ofrecido y no llevarían todas con alegría el apartamiento de sus familias y el retiro del recinto sagrado ni el trabajo que tenían que realizar.

La Virgen convivió con todas y obedeció a todos los sacerdotes, aun cuando no todas fueran amables ni benignas con la Virgen. La Virgen, siempre dueña de sí misma, aun siendo jovencita, era la abnegación y prontitud para obedecer a los sacerdotes en la limpieza del templo y en lo que mancha-

ban los sacrificos, atendiendo amable a sus disposiciones suaves o ásperas y exigentes.

La Virgen fue admirabilísima en su afabilidad y bondad, en su abnegada ayuda y caridad con las jóvenes con quienes convivía. Era el ejemplo perfecto para todas y al mismo tiempo encantador por su modestia y dulzura. Abrazaba apacible y amable el modo diferente de ser de las demás o los menosprecios manifestados hacia ella. Siempre era la Virgen fiel, la Virgen prudentísima, la amable en toda obra o manifestación para con todas, porque en todas y en todo miraba a Dios; conscientemente estaba ofrecida a Dios y por El abrazaba cuanto acontecía.

Apenas se nos ha transparentado algo del alma de la Virgen. Todo lo supone la piedad cristiana; por eso la divergencia en el modo de presentar a la Virgen unos escritores y otros, y mayor es aún la divergencia en los autores antiguos y en los modernos por el distinto modo de ver la vida y las costumbres.

Pero no se puede dudar de la grandísima vida interior de la Virgen. Porque *toda la belleza de la hija del Rey está dentro, en el alma, por la gracia.* No se puede dudar de que todo lo hacía teniendo su voluntad íntimamente unida a la de Dios; de que el amor de Dios vivificaba y animaba todos sus actos y pensamientos, de que el amor de Dios avivaba el recuerdo de Dios teniéndole siempre presente, y por esta presencia divina actual todo lo hacía en Dios y con Dios.

Sobrenaturalizaba las acciones más sencillas y ordinarias por la alteza de amor y por la unión de

su voluntad con la divina con que las realizaba. Si la intensidad del amor hace las obras grandes, no ha habido un amor comparable con el amor de la Virgen Santísima. Era la unión de amor con Dios en el más perfecto grado que criatura humana ha vivido y era el más acabado modelo que el Señor nos ha dado a todos después de Jesús.

Pienso yo, mirando el espíritu de la Virgen en sus pruebas, en sus dolores, en sus luchas y trabajos de cuerpo y de alma, qué misterio de amor y de oración se obraba en Ella. No estaba la Virgen en un éxtasis continuo de arrobo ni estaba servida por ángeles visibles; en cuanto que su voluntad estaba íntimamente unida con la de Dios y la cumplía con toda perfección, sí estaba en éxtasis consciente, no fuera de los sentidos. El éxtasis en arrobo suele mostrar la imperfección de la naturaleza aún no purificada. Los ángeles eran servidores y admiradores de la Virgen, pero invisibles como lo son para mí; también a mí me sirven y me ayudan; también admiran a las almas santas. Ayudaban a su Reina insensiblemente. Veían la magniticencia de Dios sobre aquella alma riquísima de gracias y fidelísima de amor y de obras. Era su Reina, pero estaba conquistando heroicamente su reinado con la máxima perfección y el más detallado primor de toda virtud.

Su oración era la más alta y divina y, por lo mismo, la más callada e íntima, la más atenta y humana; todas sus potencias y todos sus sentidos estaban fijos en Dios sin distracción.

Dios quiso hacerla pasar por las pruebas proporcionadas a su santidad. Dios quería coronar los

méritos adquiridos y proporcionados a las virtudes, y como nadie ha pasado las pruebas de Jesús, nadie ha vivido y sufrido después de Jesús las pruebas porque pasó la Virgen. Eran su derecho al trono de Reina. ¿Cómo había de carecer la Virgen del premio de las pruebas más grandes? ¿Cómo no había de ser coronada con las coronas más valiosas si la preparaba para coronarla por Reina de la creación? ¿Cómo la coronaría Dios si la Virgen no las había pasado y triunfado en ellas? La Virgen sufrió las pruebas más grandes exteriores e interiores, de cuerpo y de alma, de los sentidos y de las potencias. ¡También la Virgen tuvo que sufrir las desolaciones terribles y las sequedades del espíritu! ¡También la Virgen tuvo que experimentar en la oración el tedio y el cansancio de los sentidos, que el mismo Jesucristo quiso pasar para ejemplo nuestro y para mérito suyo!

Miramos mucho las pruebas exteriores, lo que leemos en su vida, y reparamos muy poco en los sufrimientos, sequedades y tentaciones que acrisolaron su espíritu y mostraron toda la grandeza de su alma. El demonio tuvo que lanzar contra la Virgen los mayores embates y asechanzas de su astucia y poder intentando derrocar y manchar la obra más perfecta de Dios. Si se esforzaba contra los santos, ¿cuánto no se esforzaría contra la Virgen? ¿Qué envidia no sentiría contra tanta hermosura y resplandor y qué despecho al verse avasallado por un alma tan grande y delicada y que era trono tan preciado de Dios? Quiso Dios que la Virgen ganara su corona y su trono de Reina; quiso que sufriera las mayores pruebas, porque la amaba más que a to-

dos; y los mayores sinsabores, porque era la más santa. El demonio luchó contra la Virgen y la Virgen fue el alma de fe, el alma de oración, el alma del triunfo más espléndido y glorioso. ¡Virgen fidelísima! El mundo no tuvo entrada en su corazón; lo terreno y que disipa no distrajeron su atención y su amor.

Aun cuando las revelaciones de los santos no sean norma para nadie ni encierren enseñanzas o verdades ciertas e infalibles, nos suelen dar una magnífica orientación en nuestra vida. Leyendo la vida de Santa Isabel de Hungría me hizo grande impresión y provecho la manifestación que la Virgen la hizo en un tiempo en que la santa estaba muy desalentada viendo su ruindad y su incapacidad. Para ayudarla y ahuyentar su tristeza la Virgen se la comunicó dicéndola: «Ten por cierto que yo me contemplaba a mí misma tan culpable y miserable como te miras a ti propia. Por eso pedía a Dios que me concediera su gracia... Tú, hija mía, crees que yo he tenido todas estas gracias sin ningún trabajo, pero no es así. En verdad te digo que ni una sola gracia recibí de Dios sin que pusiera de mi parte el trabajo de la oración continua, de ardientes deseos, devoción profunda, muchas lágrimas y muchas pruebas soportadas. Está cierta de que al alma no baja una sola gracia sino por la oración y mortificación corporal.»

La Virgen fue la personificación de la fe y de la constancia en sus pruebas y en su oración. La Virgen fue la mujer fuerte y hacendosa en el espíritu, en su casita pobre y en el templo. La Virgen fue la criada y la madre, la servidora y la cocinera de su

esposo San José y de su santísimo hijo Jesús. La Virgen fue la que todo lo hizo bien, porque todo lo hizo con todo su corazón por Dios; porque todo lo aceptaba venido y dispuesto por Dios; en todo veía la voluntad y el querer divino. La Virgen fue el milagro de fortaleza en las pruebas y en los sufrimientos.

Estos fueron los milagros de la Virgen. Esto la hizo tan santa que Dios la escogió para encarnarse en ella.

De todo supo hacer oración; todo lo convirtió en amor. En la oración recibió la infusión de las virtudes y del amor.

314. La Virgen no sólo es perfecto modelo para el religioso recogido; lo es para todos y en todos los estados. Si el sacerdote trata con sus manos a Jesús, ninguno le ha tratado tan continua ni tan santa y respetuosamente como ella ni con tanta confianza. Si la religiosa está consagrada al Señor, la Virgen en el templo se nos presenta como un alma claustral y una religiosa de velo blanco dedicado a los quehaceres del convento en perfecta consagración a Dios. Si un alma es santa llevando su casa, ninguna puede compararse con la Virgen rigiendo su pobre casa y atendiendo en todo a Jesús y a San José; en ninguna familia se ha vivido el íntimo y amoroso calor del hogar que ella supo poner. Fue la perfectísima casada, que hizo florecer la paz y la concordia en el hogar como en ninguno otro se ha producido. ¿Quién dirá que no puede imitarla? ¿Quién no se anima a ser mejor mirándola? ¿Quién dirá que no puede hacer santamente las cosas pe-

queñas y los trabajos y contratiempos de la vida ordinaria como los santificó la Virgen? ¿Quién no puede privarse de curiosidades y lujos como ella se privó? ¿Cómo podré disculparme yo de que no puedo tener en mi vida la presencia de Dios y la vida íntima interior como ella la tuvo? ¿Y qué disculpa podré dar ante ella de mi falta de oración y de mi insumisión a las permisiones y trabajos que el Señor ordena sobre mí?

La Virgen es mi modelo y mi Madre. Si es mi Madre y yo soy hijo fiel y bueno tengo que hacer lo que ella hizo y me enseñó y transplantar sus ejemplos a mi vida. Mi Madre llena con su presencia mi convento y mi alma.

La Virgen como buena Madre está conmigo y me cuida. ¿Cómo atiendo y respeto yo esta compañía? ¿Cómo atiendo a sus inspiraciones y consejos? ¿Cómo viviría la Virgen mi vida de religioso y con qué delicadeza tan primorosa y fiel no realizaría todos los actos prescritos por la ley hasta los más insignificantes, no dejando decaer nada del fervor y de la exactitud y sobrenaturalizándolo y perfeccionándolo todo con amor heroico y dulcísima paz? ¿Cómo aprovecharía sin desperdiciar ni un momento de la oración y de la soledad y retiro señalados y mandados? ¿Cómo guardaría el silencio y el retiro y con cuánta amabilidad y abnegación trataría a los hermanos? ¿Cómo se alejaría de cuanto la disipara, y de las curiosidades que alocaran su imaginación, y de las parlerías en tiempo de silencio o superfluas, y de cuanto distrajera su atención de la unión y trato amoroso con Dios?

La Virgen fue la gran víctima de amor volunta-

riamente ofrecida al Señor en alabanza a su magnificencia, en agradecimiento a sus bondades y en expiación y súplica por las ofensas y pecados de los hombres. Era su corazón purísimo una inmensa y vivísima llama de amor que subía hacia el cielo dando gracias y pidiendo perdón. Era la alabanza y la expiación por el mundo. Era el amor heroico ofrecido a Dios y admirado por los mismos ángeles.

Vivía la Virgen en sus trabajos de cada día y en su vida ordinaria en compañía del Verbo en la tierra y vivía con su espíritu unida a la Trinidad Santísima. En Dios estaba todo su gozo; en Dios toda su aspiración, y en Dios encontraba toda su riqueza. Ni quería ni procuraba otra compañía ni otro trato. Por nadie se apartaba de Dios en ese trato de amor si no era para hacer su voluntad en otra parte o ejercitar otras virtudes sin perder su compañía.

¿No puede y debe ser mi convento para mí la casita de Nazaret? ¿No puedo yo vivir, como se vivía en aquella pobre casa, en el amor más encendido y puro, en la abnegación más perfecta, en el ofrecimiento continuo y en las virtudes más acrisoladas? Dios quiere hacer de mi alma un cielo iluminado y hermoseado con su luz y con su misma hermosura y encantado con la armonía de la eternidad, y sólo espera la determinación de mi voluntad y mi decisión para realizarlo. Necesito preservarme de las estridencias del mundo y de su fealdad y oscuridad.

315. La casita de Nazaret era la casa de Jesús y suya y donde moraba.

De Jesús es el convento o casa donde yo vivo. Jesús me da su casa, pero no se marcha El; Jesús vive conmigo; está corporal y realmente en el Sagrario, por un amor milagroso. El amor le movió a hacer el milagro. Vive como amigo, como hermano y como padre conmigo. Me da por norma para convivir con El la ley del amor; quiere que yo me deje hacer flor hermosa de su jardín.

Jesús quiere que yo viva íntima y amorosamente dentro de El, en su misma alma. La casa material y el recogimiento material es como la entrada y preparación para la vida sobrenatural que quiere comunicarme si yo me decido a entrar a vivir dentro de El mismo.

El alma de Jesús unida en unión hipostática al Verbo eterno es el cielo de todo bien y de toda hermosura y goce espiritual, y a vivir en ese cielo para comunicarme sus riquezas me invita Jesús. Unirá mi amor al suyo, mi voluntad a la suya y me comunicará su divina sabiduría. Me hará suyo y enriquecerá con sus riquezas. Decía a Santa Francisca Romana mostrándola el Empíreo y ofreciéndoselo: «Yo soy la profundidad del poder divino; Yo he creado el cielo y la tierra, los ríos y los mares. Yo soy la Sabiduría divina. Soy la altura y la profundidad; soy la esfera inmensa, la altura del amor y la caridad inestimable. Por mi obediencia, fundada en humildad, he redimido al género humano.»

Entrar a vivir en Jesús es entrar a la vida de Dios, para lo que he venido; es recibir ya en la tierra tesoros inenarrables de cielo, como no puede concebir ni soñar el sentido del hombre. Para entrar a vivir dentro de Dios me es necesario limpiar-

me de todo polvo y contagio mundano, de todo gusto de sentido, de toda codicia de bienes y de amor propio. El pecho de Jesús es sagrario santísimo y exige toda limpieza. Dios es la Sabiduría eterna e increada y para gustarle he de desnudarme de toda clase de codicia y de curiosidades vanas. Dios me exige viva todo para El y en El para que pueda comunicarse tan misteriosa y altísimamente. No hay nada que pueda compararse ni muy remotamente soñarse con lo inefablemente dulce de esta vida del alma que, saliendo de todo ruido, entró a vivir en el divino silencio y divina sabiduría de Dios.

Si yo vivo en verdadero retiro y en verdadera vida interior en el convento, estoy seguro que Dios viene a vivir de especialísimo modo en mi alma. Mi alma será morada de Dios, dichosísima morada de Dios. No me ha traído el Señor para vivir solo en una casa material, aunque recogida y santa; me ha llamado para que yo viva en Dios; para que mis pensamientos, mis afectos, mis aspiraciones y mis obras todas sean de Dios y para Dios, como Dios las quiere: obras de limpio y puro amor de cielo sin contaminación de tierra. Y Jesús, que se ha quedado conmigo en el sagrario, quiere vivir más íntima y confidencialmente y sin interrupción en mi alma; quiere hacer sagrario de mi alma y cuando lo sea, por la rectitud de intención, por el desprendimiento, por mi ofrecimiento efectivo interior y exterior, cumplirá en mí lo que prometió: *Vendremos y estableceremos nuestra morada* el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: Dios.

¿Y quién será osado de intentar siquiera decir las maravillas que el Señor obra en el alma en que

establece su morada? ¿Quién podrá ni soñar, ni concebir las riquezas y los goces que Dios hace sentir a la tal alma? Nadie que no lo haya experimentado puede concebirlo y quien lo ha experimentado no sabe decirlo; sólo puede quedar lleno de admiración ante tanta misericordia y largueza.

A Santa Angela de Foligno decía el Señor: «¡Oh hija mía! ¡Mi hija y mi templo! ¡Mi esposa y mi amada y mi alegría! Tú eres Yo y Yo soy tú. Amame como yo te he amado. Amame porque llevas en tu mano el anillo de mi amor.» Y de la impresión que hasta en su cuerpo se manifestaba nos dice su historiador y confesor que la cambiaba, y exclama admirado: «Yo vi sus ojos ardientes como lámparas del altar; yo vi su rostro semejante a una rosa de púrpura. Su cabeza tenía a veces una riqueza y una plenitud de vida, un resplandor y una magnificencia angélicas.» Y ella misma decía: «La dulzura de Dios me penetraba hasta lo profundo del corazón y se derramaba por todo mi cuerpo. Me llamaban poseída y yo no quiero contradecirles.»

Un alma morada de Dios es cielo en la tierra. Donde Dios mora por amor, y por amor tan especialísimo, está el cielo.

Jesús quiere estar en mí, en mi alma, en lo íntimo mío y tomar posesión de esto íntimo mío, de mis pensamientos, de mis afectos, de mis inclinaciones. Quiere comunicárseme inefablemente como El sólo sabe, y lo hará cuando yo le haya ofrecido limpios esos mis afectos, pensamientos y obras. No quiere separarse de mí si yo no quiero separarme de El ni dar entrada a otros afectos y amores que no sean El. Tengo que posponerlo todo y estimarlo

como nada ante El. Todo para El; sólo para El; siempre para El. Mi trato sea con El y de El.

Jesús ha de ser mi Maestro y mi modelo. Como el alma santa quiero decir y pensar: Jesús delante de mí, Jesús detrás de mí, Jesús a mi derecha, Jesús a mi izquierda y Jesús dentro de mí. Yo lleno de Jesús porque Jesús quiere llenar mi alma de sí mismo, quiere comunicarme y hermosearme con su gracia. Jesús quiere hacerse mío si yo me determino a ser de El. Dios dice a las tales almas como dijo a Santa Isabel: *Si tú quieres ser mía, yo quiero también ser tuyo y nunca separarme de ti.*

Jesús ha de ser mi modelo. Jesús, en cuanto naturaleza humana, practicó perfectísimamente todas las virtudes e hizo en todo la voluntad del Padre en un trabajo sencillo y duro, casi rudimentario, en lo ordinario de la vida de un artesano, de empleado, de un pobre trabajador. Cuando la vida se me presenta en sus aspectos duros o atrayentes, debo recordarme en cada una de mis obras el pensamiento de San Juan de la Cruz: ¿Cómo realizaría esto Jesús y en estas circunstancias? Y hacerlo yo como El lo haría.

Jesús vivió treinta años una vida de recogimiento y de trabajo, preparándose para los tres de apostolado. No se rebajaron sus manos encalleciéndose en el trabajo fuerte y muy poco apreciado de los hombres y de los que aspiran a ser ricos o influyentes en la sociedad de las letras, de la política o del poder.

Jesús venía a enseñar y quiso afianzarnos bien con su ejemplo en la enseñanza de la humildad, de la pobreza y del trabajo; porque sabía nuestra re-

pugnancia y oposición tanto a la humildad como a la pobreza y al trabajo. Pero sin esas virtudes no puede crecer el amor de Dios en el alma.

Venía a enseñarme y no quiso darme el ejemplo de escoger una carrera brillante de estudios, ni de privilegiados, ni de descansados; como no quiso establecer sus ordinarias relaciones con ricos ni con los que tienen el poder.

Jesús trabajó y se santificó en el trabajo como San José. Quiso comer del sudor de su rostro sin molestar a nadie pidiendo. ¿De qué modo trabajó?

Todo lo hizo bien. Me enseñó. Mi regla me dice que yo gane también mi pan trabajando. Y el trabajo a que se refiere principalmente mi regla es al trabajo manual, aun cuando no prescinde del trabajo intelectual.

Santa Teresa escribía a un Carmelita Descalzo que ella había hecho *infinitísimo* para que se estableciera en su reforma el trabajo manual entre los religiosos; las religiosas practican el propio de mujeres y se ganan desahogadamente la vida con ello. No quería que fueran gravosos a nadie pidiendo; quería que estuvieran santamente ocupados el tiempo que queda libre de los actos mandados por la ley. San Juan de la Cruz habla en una carta que había estado cogiendo garbanzos, mansas criaturas de Dios.

El trabajo moderado y sin apremio ayuda al recogimiento y a la presencia de Dios. El trabajo es obediencia al precepto divino y es penitencia muy provechosa para el alma y muy agradable a Dios. El trabajo santifica, doma las pasiones y demasías del cuerpo y preserva de mil tentaciones que atrae la

ociosidad. El trabajo ayuda al silencio espiritual, a la comunicación con Dios y ahuyenta la vanagloria que suelen producir los estudios.

Quiero de verdad vivir, quiero amar, quiero ofrecerme como vivió, amó y se ofreció Jesús. Jesús me acompaña y sus ojos me miran complacientes. También me mira y me acompaña su corazón y me hace participante de su amor. Quiero prepararme para el apostolado como se preparó El. Quiero ayudar a la redención mía y a la de las almas como la realizó El. Jesús es mi modelo en todo.

Sé que El ve toda mi pobreza espiritual y toda la locura de mi inclinación. El conoce el extraño y peligroso vagar de mi imaginación y el tremendo influjo que mi sensualidad ejerce sobre mi fantasía; El sabe mejor que yo mismo la fuertísima atracción de mi cuerpo en todos sus sentidos y miembros que me arrastra subyugadoramente a lo cómodo y regalado y me adormece en la pereza y tiene muy presente el irresistible halago con que me subyuga el deseo de presumir y ser honrado y de disfrutar de lo mundano y saborear lo que disipa. Y con todo eso me dice amable invitándome: Si quieres ser mío, si quieres que yo te haga mío, si quieres que yo te transforme en mí y te una en amor a mí, obra como yo obraría, ama como yo amaría, niégate a ti mismo en lo tuyo y en lo de fuera que te halaga y atrae, véncete y recógete en mí, toma tu cruz, abraza los sinsabores, trabajos y sufrimientos que yo permito vengan sobre ti, vive los menosprecios y humillaciones que te llegan por voluntad mía y únete bien íntimamente a mí en tus deseos, en tus pensamientos y afectos, en buscar y estar en

mi compañía en silencio y a solas conmigo y saldrás de la lucha victorioso y más hermosa y brillante tu alma.

Porque tuvieron esta determinación y la vivieron resueltamente, rompiendo con todo otro lazo o compromiso de mundo, de bienes, de personas y de disipación, hice esposas mías a las que llegaron a serlo. Cuando así vivió, dije a Teresa de Jesús, haciéndola mi tesorera para administrar y repartir mis bienes al mismo tiempo que la hacía mi Esposa: *De hoy en adelante como verdadera Esposa mía cuidarás de mi honra y yo cuidaré de la tuya.* Cuando esto sintió y se vio unida a mí me dijo como tantas almas: *Ya no cabe más dicha en mi pecho, o ensanchádmelo o llevadme con Vos.* ¿Qué tendrás reservado en tu gloria cuando das gracias tan inefables e insospechables a tus almas en la tierra?

Dios mío, loco, de verdad soy loco, pues me retiré para esta dicha y por inconstancia y tibieza vivo aún tan lejos de ella y voy por camino cada vez más distanciado. No lo permitas más, Señor mío; haced que yo sea en todo vuestro para siempre.

316. Veo en las vidas de los santos y en los clásicos libros de meditación que predominaba en gran manera la meditación sobre la pasión y muerte de Jesús sobre los demás pasos de tu vida. En los libros modernos no predomina o muy poco. Creo yo les movía a hacerlo, con gran acierto y prudencia, no el pensar que Jesús estuviese viviendo su pasión durante su vida, aun cuando sí la tuvo en su recuerdo, sino porque en la pasión está el resumen más

heroico, más meritorio y de mayor enseñanza para mi alma.

Fue la vida de Jesús toda ella como una preparación para su pasión y muerte, para su triunfo desde la Cruz, para convertir la deshonra con que quisieron los hombres borrar su memoria en la gloria más grande y perdurable. En la pasión dolorosa y muerte de deshonra fue donde consumó la redención del mundo haciendo la total entrega de todo, de su persona y de lo que más se estima, a su Padre celestial, y el Padre lo aceptó para premio suyo y redención mía. En la cruz compraste mi alma, oh dulcísimo Jesús; que siempre sea tuya, con todo cuanto soy, cuanto pienso y cuanto obro. En la pasión y muerte me redimiste y compraste y en la pasión y muerte me diste la suprema e imborrable enseñanza tuya.

Me es sumamente conveniente meditar de continuo la pasión de Jesús y tener fijo en mi alma el modo de su muerte, su aceptación y su ofrecimiento al Padre y su oración por los que le crucificaron y condenaron a muerte. Nunca mis trabajos ni mis desprecios ni mis injusticias serán tan tremendamente terribles ni tan manifiestamente injustos y humillantes como fueron los de Jesús. No flaqueó la voluntad de Jesús en el ofrecimiento hecho y aceptado por la causa más noble y más alta que en favor de los hombres puede darse, como era comprarnos el cielo. Nunca la paciencia y la bondad han llegado a grado tan perfecto. Nunca el amor ha producido llama tan suave de beneficios tan inmensos. Amó con amor infinito hasta el fin.

La pasión y la muerte de Jesús ha sido siempre

el aliento y la fortaleza de los satnos en sus luchas y sufrimientos; ha sido la confianza de su santificación y de su salvación. Ya en el momento de morir decía San Juan de la Cruz: *Recuérdeme la pasión del Señor, por la cual me he de salvar.*

La meditación de la pasión y muerte debe predominar en mí como predominó en ellos, y he de tenerla fija e imborrable en mi memoria. La pasión y muerte de Jesús me confortará, animará y será mi confianza para salvarme. Por tu pasión y muerte santifícame y sálvame.

Pero no he de olvidarme de Jesús en todos los actos sencillos y en el trabajo, en la bondad y en la sumisión de la vida ordinaria en la familia. Porque es en los actos sencillos o difíciles de mi vida ordinaria y en el trato con mis hermanos y con los hombres donde tengo que ejercitar las virtudes y santificarme. En todos esos actos he de preguntarme: ¿Cómo obraría Jesús en esto y en estas circunstancias? ¿Con qué rectitud de intención, con qué amor y abnegación realizaría este trabajo y abrazaría este menosprecio? ¿Cuál sería el recogimiento y retiro de Jesús en esta acción y cómo su modo de tratar a las personas y de evangelizar?

No está Jesús lejos de mí y he de mirarle siempre a mi lado, y que es mi consejero y obra conmigo y he de obrar en su compañía y como El. Nunca estoy solo; pero nunca más íntimamente en Dios y en la compañía de Jesús que cuando me encuentro aislado de los hombres. De ese modo viviré recogidamente; de ese modo pondré toda mi voluntad en sólo Dios y viviré santamente; de ese modo me prepararé, en cuanto está de mi parte, para la unión

de amor con Dios, mi ideal codiciado y deseado; el ideal de Dios conmigo. Así aprenderé a pedirlo. Es lo que Dios quiere de mí; es para lo que Dios me ha llamado. Es el triunfo y la corona dichosa de la vida interior; es el florecimiento y hermosura de las virtudes, que desde ese momento exhalan su continuo perfume y lo llenan con sus esencias.

Jesús está conmigo enseñándome y fortaleciéndome. Dios está en mí y conmigo santificándome, dándome su amor, uniéndome a El. Mi alma llegará desde ese momento al menosprecio de lo mundano y de lo que disipa o mancha; buscará el alejamiento de lo que distrae, perturba y enfría; habrá llegado al silencio sagrado donde sólo se oye la palabra dulcísima de Dios, para estar siempre atenta a lo interior, amando al Amado y gozándose de saber que es amada del Amado.

317. En la teoría, discurriendo en la presencia de Dios, qué hermosa y qué fácil se me presenta la santidad: amar a Dios en todo con todo el corazón; confiar en Dios; apartarme de cuanto pueda ponerme en peligro de apartarme de Dios o enfriarme en su amor o distraerme de su atención; estar unido a Dios y mirar que Dios está conmigo, en mí, en mis pensamientos y afectos y hacer en todo su divina voluntad ofreciéndoselo o aceptándolo en amor. ¡Qué gozo el del alma que de tan maravillosa manera vive! Es vivir el cielo estando aún en la tierra. ¿Qué gozo el mío si mi alma viviera ya esa vida! Dios lo queire, yo también lo quiero. ¿Por qué no vivo tal vida? ¿Por qué aún me veo tan lejos de la perfección a que aspiro?

No puedo confiar en mí mismo, pues esto que ahora pienso ya lo he meditado muchas veces y he creído que iba a empezar a vivirlo, pero he vuelto a la pereza y no lo he cumplido. Ahora quiero confiar en Dios y con Dios lo podré todo y triunfaré de mi flaqueza, inconstancia y disipación si no vuelvo a apartarme del Señor. No lo permitas, Dios mío.

No he de engañarme soñando que si estuviera en otra parte y en otras circunstancias y con otras personas habría sido fiel y habría ya conseguido la perfección y la unión de amor. La vida es como es y yo tengo que mostrar mi fidelidad al Señor en estas circunstancias en que yo me desenvuelvo.

Aun cuando fuera verdad que yo debiera haber abrazado otra forma de vida, debo mirar que el Señor lo permitió y me trajo aquí para que yo aquí me santificase y viviese la vida interior, la vida de amor y las virtudes.

Cuando Jesucristo se encarnó no reinaba en el mundo la edificación del prójimo, ni su amor; no se veía por ninguna parte la espiritualidad ni se miraba a lo eterno, y se despreciaba la humildad y la pobreza y fue Jesús quien vivió y enseñó el camino nuevo de la oración, de la penitencia, de la pobreza y habló del reino de los cielos y de que Dios es nuestro Padre y nos enseñó que los limpios de corazón verían a Dios. Enseñó la vida sobrenatural.

Los santos vivieron dentro de su ambiente y en su ambiente se santificaron, huyendo de lo malo e imperfecto, practicando con mayor heroísmo y perfección la virtud y suplicando a Dios. Y un santo es el arrastre de muchos hacia la santidad; no se deja

arrastrar hacia lo imperfecto y flojo, pero levanta hacia Dios a muchos. Siempre es un foco de luz y de calor de Dios en su ambiente. La tibieza de los demás o del ambiente despierta más su fervor y le comunica fortaleza para buscar mejor la gloria de Dios no criticando de los demás, sino dando mejor ejemplo, suplicando al Señor y haciendo vida más recogida y penitente.

Antes de empezar Santa Teresa su reforma y levantar el espíritu colectivamente con su ejemplo y santidad, se dieron por ella veintisiete religiosas a una vida extraordinariamente fervorosa y de entrega a Dios. San Ignacio pensaba si daría más gloria a Dios entrando en una Orden religiosa cuyo espíritu estuviera algo decaído para levantarle. ¡Cuán lejos de pensar disculparse de la poca vida interior porque no la viera en los demás, ni de aflojar en las virtudes!

Los santos levantaron a la mayor gloria sus Ordenes religiosas; los tibios fueron rémora y piedra de escándalo y causa de que perdieran su esplendor de santidad las órdenes en que vivían, trayendo muchas veces hasta su ruina.

En las circunstancias en que yo vivo he de preguntarme: ¿Cómo obraría Jesús en este momento y en estas circunstancias? Y obrar como El lo hiciera. Si El huiría de una obra que disipa, de una flojedad que adormece, de una anchura y regalo que entibian o de una disipación que aplasta y mata la perfección, yo también he de huir. Si El se ofrecía al Señor, yo también; si El resistía inconmovible cualquier halago y mal ejemplo, yo también; sé que en todos los casos no miraba ni su honra, ni su nom-

bre humano, ni su gusto, sino la voluntad del Padre que le enviaba, y la miraba sin escatimar sacrificios, ni el de la cruz, con toda su deshonra; nunca se apartaba de esa voluntad y lo hacía con altísimo y perfectísimo amor de Dios, con todo su corazón; nunca salía de hacer la voluntad de Dios ni en la oración, ni en el apostolado, ni en el trabajo, ni haciendo milagros. Su entendimiento estaba siempre atento a Dios en ejercicio de amor y de entrega, y durante su apostolado se retiraba a veces a la soledad y silencio para vivir el amor con más intensidad y hacer su oración más íntima y prolongada.

Jesús me pide que viva la perfección teniéndole a El por modelo e intercesor.

318. Debo ser santo y, entre otras, tres cosas veo me son necesarias practicar, como dijo el Señor a un alma santa:

Tener grandísima confianza en la protección y misericordia de Dios.

Tener vivos deseos de vivir metido en Dios, en su amor, en su vida y en su compañía.

Tener decidido y continuado esfuerzo para vivir esta vida apartándome de todo cuanto me lo impida y superando todos los obstáculos. Estarme siempre amando al Amado, no con las manos cruzadas, que la holganza aparta de Dios y pierde su amor, sino donde esté, haciendo la obra que tenga que realizar.

No podré estar donde no es bueno que esté y no podré hacer lo que es malo y contra virtud hacerlo. Como Jesús procuraré hacerlo todo bien y con

todo mi amor, no mirándome a mí, sino mirando al Amado.

¿Conseguiré la perfección de mi estado? ¿Seré santo ante Dios? Pero ¿no he venido llamado por Dios para ser santo? Si hasta hoy no lo he sido es por haber mitigado mi recuerdo de Jesús y no vivir tan presente y cercano de El como debía. La falta de presencia de Dios me hizo resbalar hasta meterme en el mundillo de la curiosidad, de la disipación, de la crítica, de buscar mis gustos y comodidades.

De nuevo me llama hoy Jesús y me ofrece su mano y sus brazos para ser mi guía y mi fortaleza y mi amigo íntimo. Jesús me renueva su enseñanza para vivir la vida interior y fiel y señala la senda por donde fueron sus amados los santos en su compañía. No me dejará solo.

Me pone en el mismo alma la ciencia de la cruz, que yo no he querido apreciar, y con la ciencia de la cruz la ciencia de la verdad, la ciencia del amor. El amor todo lo vence y puede, y su reino es la paz de Dios y su alegría.

Dios mío y Señor mío. Al pensarlo, ¡qué fácil parece ser santo! En la práctica, la voluntad se deja fascinar por las luces pasajeras de las diversiones y demasiadas distracciones, por lo que cautiva el sentido y amortigua el fervor. En la práctica cuán difícil no tender las manos para recoger las rosas de las complacencias asegleradas y de la presunción, o no esconderse en los rosales de anchuras y de contentos, que alejan de la senda de la perfección. Por esto en la práctica cuán difícil me resulta oponerme a la corriente de la costumbre y determinarme a ser santo. ¡También los sentidos de los santos sintieron

el atractivo de la suavidad y del regalo invitándoles a darse gusto y dejarse guiar por falsos caminos. También los santos tuvieron que hacer frente a las costumbres de anchuras y aseglaradas que les rodeaban, y a veces quedarse casi solos en la fidelidad. Pero decididamente se determinaron y fueron santos, fueron flores y héroes del amor, fueron de Dios.

Señor mío, ¿y no lo seré yo? ¿Tampoco me determinaré a ser fiel de aquí en adelante? ¿Tampoco cumpliré mi llamamiento? ¿Y para esto vine a la religión: para engañarme a mí y engañar a los que me vieron venir? Que no sea así, Señor; que no sea así. Confío en Vos y os digo: aun cuando todos, yo no. Aun cuando todos se olvidaran de la promesa que os hicieron, aun cuando todos os fueran infieles, aun cuando todos dejaran la vida interior y no acudieran a tratar de amor con Vos, yo no os dejaré. Cueste lo que costare, decido ser vuestro perfectamente en lo interior y en lo exterior. Sé que el que no lo es en lo exterior tampoco puede serlo en lo interior, por más razones o disculpas que pretenda dar. Si yo en lo exterior no soy fiel y exacto cumplidor de mi regla, de la modestia, del silencio, de la sobriedad y abstención, tampoco lo seré en lo interior ni pueden crecer en mí las virtudes.

Los santos no fueron santos por las grandes obras exteriores que realizaron, sino por la grande vida interior y el mucho amor de Dios, que les enseñaba a realizar bien, santa y primorosamente las obras ordinarias. Los hizo el amor y el amor creció con las virtudes y en la oración.

Cuando en los días que siento vuestra especial llamada renuevo mis propósitos por remordimiento de mi conciencia, quisiera que en seguida florecieran hermosas y bien desarrolladas las rosas de las virtudes y del fervor en el jardín de mi alma, y al no verlo se apodera el desaliento de mí, fruto de mi inconstancia.

Los santos fueron santos porque fueron constantes, porque no se dejaron llevar del desaliento, sino que perseveraron. Porque pusieron su confianza en el Señor y, asidos de su mano, no volvieron atrás y llegaron a recibir el don de la oración y con ella el fruto sazonado del amor; llegaron triunfantes a la corona.

Si caigo, Dios mío, si me distraigo, si mi oración es floja y tibia, si me duermo en mi oración y en el esfuerzo por conseguir las virtudes, levantadme, llamadme, despertadme para que vaya en pos de Vos; dadme confianza y humildad para ser constante y que os mire y atienda y os acompañe y pida. Con Vos todo lo podré.

Hacedme cada día más humilde, para que cada día confíe más en Vos. Dadme más amor para que esté más fuerte y os busque con más ansia. Pues sois la santidad por esencia, hacedme participante de ella. Dadme vuestro don como a los apóstoles, llenadme de vuestro amor, hacedme alma de oración, que será comunicarme todas las virtudes. Vuestro amor me lo enseñará todo; fortalecerá mi flaqueza, sanará mi enfermedad, fecundará mi esterilidad y me hará jardín florido y huerto cerrado vuestro.

Vuestra riqueza y hermosura acabará con mi po-